

CAPÍTULO XX.

DESCUBRIMIENTOS MARÍTIMOS. CRISTÓBAL COLÓN. LOS PORTUGUESES EN LAS INDIAS. LOS ESPAÑOLES EN AMÉRICA (1).

Los descubrimientos de los españoles y de los portugueses tuvieron sobre el mundo moderno influencia inmensa. Al hallar una nueva ruta para llegar á la India, los segundos cambiaron por completo la naturaleza de las relaciones comerciales. Hicieron más activo el tráfico, y las riquezas que acumularon sirvieron para excitar la avaricia de las demás naciones, que se lanzaron arduosamente por la misma vía. De las minas de América salió tanto oro para el antiguo continente, que el carácter de la edad moderna sufrió notable cambio, al convertirse el dinero en móvil de todas las acciones, medida de todos los afectos y objeto de todos los pensamientos. La monarquía española debió á las riquezas que le llegaban de América la preponderancia política que ejerció durante ese período.

§ I. — *Del imperio colonial de los españoles. Cristóbal Colón.*

Cristóbal Colón (1441-1492). — El reinado de Fernando y de Isabel, ya tan notable por los grandes acontecimientos que lo ilustraron dentro de España, no lo fué menos por los descubrimientos que les dieron inmensas posesiones en un mundo desconocido. En Génova nació, el año de 1441, el niño que debía revelar á Europa ese nuevo mundo. Llamábase Cristóbal Colón. Desde su más tierna edad se lanzó con ardor en la carrera que debía immortalizarlo. Reinando en Portugal D. Juan II, Colón abandonó su patria y fué á fijarse en Lisboa. Sus raras facultades de marino le valieron la mano de la hija de Bartolomé Perestrello, uno de los más célebres navegantes. Trabajando en los dibujos y cartas de su suegro, le vino la idea de que la tierra no era totalmente conocida. Decíase que lo descubierto no era más que un hemisferio del globo, y que no era posible que el otro estuviese

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Robertson, *Historia de América*; de Humboldt, *Vistas de las Cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*; Th. Burette, *Cuadernos de historia moderna*; Chardin, *Historia de los establecimientos europeos en las Indias occidentales*; Bouchot, *Historia de Portugal*.

cubierto de agua por entero. Esas conjeturas, y otros datos más lo llevaron hacia la India por la parte del oeste. Esperaba que ese camino sería más corto y fácil que el que preocupaba á los portugueses, y corriendo en pos de esa quimera fué como descubrió la América. Empezó por comunicar el proyecto al senado de Génova, que lo trató de visionario. No lo recibieron mejor en Portugal, en Francia y en Inglaterra. Por fin un religioso, el P. Juan Pérez de Marchena, lo recomendó al cardenal Mendoza y éste á D^a. Isabel.

Viaje de Colón. Descubrimiento de América (1492-1493). — Fernando é Isabel se hallaban todavía en medio de los regocijos y fiestas dadas con motivo de la toma de Granada, cuando concedieron á Colón el mando de una flotilla, con el título de gran almirante de todos los mares, islas y continentes que iba á descubrir, comprometiéndose, si el navegante lograba su intento, á hacer hereditaria en su familia aquella dignidad. El valeroso genovés no tenía más que tres pequeños bajeles equipados por unos 90 á 120 hombres. Puso bajo el emparo del cielo su peligrosa y aventurada expedición, comulgó con todos sus compañeros en manos del P. Pérez de Marchena, y se embarcó el 3 de agosto de 1492 en el puerto de Palos en Andalucía. La tripulación no tardó en sentir gran temor. Cuando se hubo llegado á la altura de los vientos alisios, viendo los marineros que sus buques corrían hacia el oeste con la rapidez de una flecha, desesperaron de volver nunca á su patria, por lo cual murmuraban y hasta manifestaban intenciones de rebelión. Colón supo contenerlos, por lo enérgico de sus discursos y lo resuelto de su ánimo. De todo sacaba partido para fortalecer las esperanzas de sus compañeros. Las tripulaciones se estremecieron un día al ver algunas aves; desgraciadamente, pronto se notó que eran de las que se alejan de tierra á grandes distancias; más lejos trajo el viento consigo aroma de flores, que parecía anunciar no muy distante isla. Sin embargo, los compañeros de Colón amenazaban con arrojarlo al agua si no daba la orden de volver. Pidióles tres días más, prometiéndoles hacer lo que quisieran si en ese

plazo no se descubría ninguna tierra. Por fin, el 11 de octubre salió del buque que iba á la cabeza el grito de *¡Tierra!*, colmando de alegría á las tripulaciones. Todos lloraban de gozo, abrazándose, y felicitando al almirante por haber sabido perseverar. El 12 se desembarcó en la ribera descubierta. Era la de una isla que los indígenas llamaban *Guanahani* y que Colón denominó San Salvador para perpetuar el recuerdo de su glorioso triunfo. Los habitantes de las islas próximas se daban el nombre de Lucayas, que Colón dejó al grupo entero de ellas. El almirante descubrió también Haití y Santo Domingo y se volvió luego á anunciar á España sus grandes descubrimientos.

Glorioso regreso de Colón (1493-1495). — Pinzón, uno de los navegantes que se habían asociado á la fortuna del descubridor, quiso arrebatárle su gloria, siendo el primero en anunciarlo á Europa. Pero Colón lo alcanzó, le perdonó su falta, y prosiguió su camino. Ya se habían hecho más de 500 leguas de felicísima navegación, cuando estalló el 15 de enero terrible tempestad. Colón temió por un momento no tener la dicha de disfrutar de su gloria, revelando al mundo civilizado su descubrimiento. En tal apuro, escribió una relación de su viaje en un pedazo de pergamino, que envolvió en lienzo encerado, y encerró en un tonel confiándolo á las olas, en la esperanza de que éstas llevarían á algunas riberas habitadas ese precioso mensaje. Pero el tiempo se calmó, y el 15 de marzo de 1493 llegaban los intrépidos marinos á la entrada del Tajo. Colón fué á ver al rey de Portugal, le comunicó los resultados de su viaje y fué recibido por todas partes con entusiasmo. Diez días después entraba en el puerto de Palos, de vuelta de su viaje. Allí desembarcó, y atravesando en triunfo la España, fué á presentarse ante Fernando é Isabel, que lo colmaron de honores. Entonces le dieron 17 buques, para que pudiese extender sus descubrimientos y consolidar sus conquistas.

Desgracias de Colón (1495-1498). — En su segundo viaje se dirigió más al sur que la primera vez, y abordó en las islas Caribes ó Antillas menores. Luego volvió á Haití para visitar á los españoles que dejara

en ese punto y visitar sus trabajos; pero todo se hallaba en el más completo desorden. Aquellos desdichados habían maltratado á los indígenas, que acabaron por rebelarse. Colón se propuso remediar esos abusos y descontentó á algunos de sus conciudadanos. Hubo quienes fueron bastante bajos para ir á España á acusar al almirante ante los reyes. Cuando Colón supo las sospechas de que era objeto, volvió en persona á justificarse. Su presencia no más bastó para que, impresionados los espíritus por la grandeza de su nombre, se avergonzasen todos de haber prestado oídos á las delaciones de sus enemigos.

En su tercer viaje, Colón llegó á la embocadura del Orinoco, recorrió la costa y adquirió la certeza de la existencia de un nuevo continente. Francisco Bobadilla, enviado á Santo Domingo por el gobernador español para examinar la conducta de Colón, lo hizo cargar de cadenas, se apoderó de su cargo, y lo envió á Europa. España entera se alzó indignada contra semejante injusticia, y ante el grito de la conciencia pública cayeron como por encanto las cadenas de Colón. Hizo otro viaje, el cuarto, en que descubrió la Martinica y la Jamaica (1503). De vuelta á España el 9 de noviembre de 1504, halló á doña Isabel en su lecho de muerte. Fernando se negó siempre á cumplírle sus promesas, y el grande hombre murió triste y pobre en Valladolid, el 20 de mayo de 1506. Su tumba fué colocada en la catedral de Sevilla.

Sufrimientos de los indios. — Mientras vivió Isabel, se esforzó en mantener á sus súbditos dentro de los límites de sus deberes, haciéndoles respetar, en nombre de la naturaleza y de la humanidad, los derechos de los indígenas. Pero después de su muerte, los aventureros que sólo para hacer fortuna se habían entregado á los peligros de los mares, no prestaron oídos más que á su insaciable sed de riquezas. Repartiéronse los países descubiertos, así como sus habitantes, convirtiéndolos en verdaderos esclavos. Sobre todo los empleaban en la explotación de las minas de oro, que excitaban su avaricia. Esas crueldades enternecieron á cuantos hombres virtuosos las presenciaron. Los discípulos de Santo Domingo, que habían penetrado en

esas oscuras regiones para difundir en ellas la luz de la fe, tomaron resueltamente partido por los desdichados Indios. Conocedora de esas atrocidades, Roma censuró á los españoles, y les recordó con palabras de ternura que los indios habían sido rescatados por la sangre de Jesucristo, y que por ese motivo merecían el mismo trato y los mismos respetos que los demás hombres. Pero esas enternecedoras frases del sumo Pontífice, unidas á las protestas de los misioneros católicos, no pudieron nada sobre aquellos hombres codiciosos y sanguinarios que sólo conocían la pasión del oro. Bartolomé de las Casas se inmortalizó defendiendo la causa de la humanidad, ultrajada por el bárbaro trato á que eran sometidos los indios, y tuvo el valor de presentarse ante Don Fernando y ante Carlos V para reclamar la libertad de aquellos. Y habiéndosele objetado que era imposible civilizarlos, quiso responder con hechos á esa extravagante opinión, y se puso á trabajar para instruirlos. Sin embargo la mala fe hizo fracasar todos sus intentos, y después de larga serie de desastres y reveses, entró en un convento de dominicos para tomar el hábito de la orden (1517), y trabajar luego como misionero en la conversión de los que tan enérgicamente había protegido.

Conquista de Méjico (1518-1521). — Después de la muerte de Cristóbal Colón, los españoles continuaron sus exploraciones. Juan Díaz de Solís descubrió la provincia de Yucatán, y Sebastián de Ocampo le dió la vuelta á Cuba (1508). Juan Ponce de León tocó en la Florida (1512), y Balboa descubrió el mar del sur que debía conducir á los españoles al Perú (1513). Luego emprendió Fernán Cortés la conquista de Méjico. Esa era una expedición realmente audaz. Los primeros españoles que llegaron á esa región, bajo el mando de su jefe Grijalva, hallaron en ella civilización adelantada y hombres capaces de defender su libertad. No atreviéndose atacar á tal nación, se habían vuelto á Cuba á enterar á su gobernador Velázquez de cuanto habían visto. La pasión de riquezas hizo que se cerraran los ojos sobre las dificultades de la empresa y se apresuraron los preparativos de la misma. Velázquez designó para mandar esa expedición á Hernán Cortés, que en

distintas circunstancias se había distinguido por su habilidad y valor; pero no tardó en arrepentirse de ello, y hasta quiso retirarle su mando, poco tiempo después de habérselo otorgado. Sin embargo, Cortés fué bastante diestro para desconcertar todos sus designios. Partió de Cuba nada más que con once bajeles, tripulados por seiscientos diez y siete hombres, incluyendo en ese número todos los marinos y soldados (1519). Cuando desembarcó en Méjico, viendo las graves dificultades que se presentaban, los partidarios secretos de Velásquez se sublevaron para obligarlo á volverse. En ese penoso momento, que iba á ser decisivo, Cortés pareció opinar como ellos, y dió inmediatamente orden para preparar la retirada. Al saberlo, muchos de los aventureros que lo habían seguido para hacer fortuna por todos los medios, reclamaron contra semejante medida. Cortés los alentó más aún valiéndose de ocultos emisarios, y cuando todos reclamaron la continuación de la empresa, aprobó el acuerdo, se hizo renovar sus poderes y prosiguió su objeto con nueva actividad.

Cortés había sabido que el país estaba dividido y que todas las poblaciones eran enemigas declaradas del emperador de Méjico, Montezuma; y como hábil político que era, aprovechó esas disensiones para dar en tierra con el imperio. Empezó por aliarse con los de Zempoala, se captó la amistad de los tlaxcaltecas, y puso de su parte á ambos pueblos, prometiéndoles servir sus resentimientos contra Montezuma, á quien llamaban su tirano. Atravesó algunas naciones más y al fin llegó á Méjico. Montezuma y todo su pueblo, que veían en los españoles seres divinos, no se atrevieron ni siquiera á pensar en resistirles. Ese monarca fué á su encuentro con más de mil indios de las primeras familias, adornados con plumas y vestidos de hermosas telas de algodón, reconoció por su señor á Cortés, tocando con la mano la tierra para besarla después, según la costumbre del país, é hizo reservar á los españoles un barrio entero de su gran ciudad.

Sin embargo, á pesar de tantas halagüeñas muestras de amistad, Cortés no estaba tranquilo, y temía que lo hiciesen prisionero con todo su ejército. Para ponerse

á cubierto de ese peligro, concibió el más atrevido de los proyectos, cual fué el de reducir á prisión á Montezuma, y gobernar el imperio en su nombre. Y en presencia del pueblo entero, en mitad del día ejecutó ese bárbaro atentado, y los indios sintieron tal espanto, que ni uno de ellos siquiera se atrevió á defender á su soberano. Entonces Cortés se encontró dueño de todas las provincias. Hízolas recorrer por sus soldados, para conocer su fertilidad y las minas de oro que contenían.

Los celos de Velásquez estuvieron un instante á punto de comprometer su brillante conquista. Temiendo la gloria de Cortés, aquel envidioso y rastrero personaje había mandado contra él una escuadra á las órdenes de Narváez (1520). Cuando Cortés supo esa desagradable noticia, deliberó algún tiempo antes de resolver lo que debía hacer. Por último, resolvió corromper á los soldados de Narváez, y cuando pudo estar seguro de una traición, atacó á su rival. De esa manera no podía permanecer mucho tiempo dudosa la victoria. Narváez fué derrotado, y los restos de su ejército pasaron bajo las banderas de Cortés (1520).

El conquistador necesitaba realmente ese refuerzo, pues habiéndose rebelado los mejicanos, tuvo que salir de la capital y batir en retirada. Los rebeldes estaban tan sobrecitados, que dieron muerte por sus propias manos á Montezuma, que los exhortaba á permanecer tranquilos. Privado de ese apoyo, Cortés estaba perdido si en ese momento no hubiese recibido refuerzos que le permitieron tomar otra vez la ofensiva. Marchó de nuevo contra Méjico, lo sitió y acabó por tomarlo en 1521. Entonces se sometieron todas las provincias.

Infortunios de Cortés (1525-1547). — Á pesar de la hostilidad de Velásquez y de todos sus enemigos, Cortés fué nombrado capitán general y gobernador de aquella Nueva España que acababa de conquistar (1522). Para evitar nuevas rebeliones, sometió al país á terrible yugo. Estableció su residencia en Méjico, hizo reconstruir la ciudad con arreglo á la forma de las ciudades españolas, y se propuso someter el país á nuevo sistema de administración. Mas, no tardaron en acusarlo ante Carlos V (1523). Entonces hizo lo que Colón; fué en persona á España á justificarse, y lo mismo que

aquél, confundió con su sola presencia á sus enemigos. Sin embargo, al volver á Méjico no tenía su autoridad el mismo prestigio que antes, lo cual lo expuso á las continuas intrigas y asechanzas de sus enemigos. Para distraerse y olvidar, se lanzó á nuevas empresas. Descubrió la California y después volvió á España á justificar su conducta contra los ataques de que era objeto. Carlos V no se dignó ni siquiera concederle una audiencia; un día Cortés, atravesando la multitud de palaciegos que rodeaban el coche del emperador, subió al estribo de la portezuela. «¿Quién eres?» le preguntó el soberano. — «Soy, respondió Cortés, un hombre que ha dado á V. M. más reinos que provincias le dejaron sus abuelos.» Lleno el corazón de pesar y de amargura, Cortés se retiró á los alrededores de Sevilla, donde acabó pòbremente su vida en profunda soledad (1547).

Descubrimiento del Perú (1524-1527). — Algún tiempo después del descubrimiento de Méjico, un pastor de las colonias, Francisco Pizarro y un soldado de fortuna, Diego de Almagro, que no sabía leer ni escribir, se unieron con Fernando de Lucques, sacerdote español, que había sido maestro de escuela en Panamá, é intentaron el descubrimiento del Perú. Pusieron su empresa bajo la protección del cielo, y Lucques celebró la misa, compartiendo luego con sus dos asociados la hostia santa. Pizarro no tenía más que tres bajeles y ciento doce hombres cuando se lanzó en plena mar á descubrir el nuevo imperio cuya existencia había sospechado Balboa (1524). Durante tres años se opusieron á sus designios los más terribles obstáculos. El gobernador de Panamá llegó hasta ordenar á Pizarro que se volviese con sus tropas, y le negó refuerzos. Pero el intrépido aventurero se obstinó, y después de indescriptibles sufrimientos, tuvo la suerte de tocar en Tumbes y de observar la riqueza y opulencia de aquel gran imperio. De vuelta á Panamá, inflamó las imaginaciones de todos aquellos ambiciosos, refiriéndoles lo que había visto. Sin embargo, el gobernador no quiso emprender con tan poca gente la conquista de ese extenso país. Seguro de su descubrimiento, Pizarro convino con sus compañeros en ir á pedir al rey de